

IDILIO

I

¡Oh recuerdos, y encantos, y alegrías
De los pasados días!
¡Oh gratos sueños de color de rosa!
¡Oh dorada ilusión de alas abiertas,
Que á la vida despiertas
En nuestra breve primavera hermosa!

II

¡ Volved, volved á mí! Tended el vuelo
Y bajadme del cielo
La imagen de mi amor, casto y bendito.
Lucid al sol las juveniles galas,
Y vuestras leves alas
Refresquen ¡ay! mi corazón marchito.

III

Era á principios del ardiente Julio.
Harta de Marco Tulio,
Ovidio y Plauto, « Anquises » y « Medea »
Rompiendo su enojosa disciplina,
La turba estudiantina
Regresaba con júbilo á su aldea.

IV

¡Hace ya tanto tiempo! Era yo mozo;
Negro y sedoso bozo
Mi sonrosado labio sombréaba. —
Emprendí cuando todos mi camino
Galopando sin tino.
¡Mi bondadosa madre me esperaba!

V

¿Y nadie más? ¡Ay! sí. Mi compañera
Alegre y hechicera
En los mejores años de la vida.
La inseparable amiga de mi infancia,
Flor de inmortal fragancia
Que llevo en mis recuerdos escondida.

VI

Niña de corazón sencillo y puro,
En el rincón oscuro
De humilde pueblo se crió conmigo.
Encontróse al nacer huérfana y sola;
Pero mi hogar prestóla
Blando regazo y paternal abrigo.

VII

No alteró nuestra dicha sombra alguna :
En nuestra honrada cuna
Nos durmió el mismo beso, el mismo canto.
Juntos como dos pájaros crecimos,
Y juntos compartimos
La pena, el gozo, la inquietud y el llanto.

VIII

— ¡Cuán hondo surco en mi memoria labra! —
La primera palabra
Que balbució su labio fué mi nombre.
Yo le enseñé con fraternal cariño
Las plegarias del niño
Que suele á veces olvidar el hombre.

IX

Desde el alba hasta el término del día
La gente nos veía
Vagar sin rumbo en infantil concierto.
¡ Siempre andábamos juntos! Siempre unidos
Buscábamos los nidos
En los frondosos árboles del huerto.

X

¡ Cuántas veces con sustos y congojas
Entre las verdes hojas
Crugir sentimos la insegura rama,
Y ántes de aprovecharnos del aviso
Hallamos de improviso
Lecho impensado en la mullida grama.

XI

¡ Cuántas veces corriendo descuidados
Por viñas y sembrados
Nos postró la fatiga del camino,
Y á la luz del crepúsculo, ya escasa,
Volvíamos á casa
En el carro de mies de algun vecino!

XII

Rápidas al pasar y halagadoras,
Las no contadas horas
Nos hallaban tranquilos y risueños.
Hasta cuando la noche negra y fría
Piadosa nos rendía,
Juntos los dos jugábamos en sueños.

XIII

El tiempo deslizóse dulcemente
Como mansa corriente
Que cruza el hondo valle, limpia y clara.
Pero ya tuve edad, y como es uso,
Mi buen padre dispuso
Que mis graves estudios empezara.

XIV

¡ Conservaré el recuerdo mientras viva !
Sin pena á dejar iba
Por vez primera los paternos lares :
Mi amante madre preparaba inquieta
La estudiantil maleta,
Y sin querer llorar, lloraba á mares.

XV

Mi padre, entretenido aunque severo,
Ensilaba el overo
Que ya esperaba indócil á la puerta.
La hermosa niña, casi adolescente,
Inclinaba la frente,
Callada y sin color como una muerta.

XVI

En confusion ruidosa, pero grata,
La loca cabalgata
De otros muchachos á buscarme vino.
— Rayaba apenas la rosada aurora. —
— ¡ Vamos, Juan, que ya es hora ! —
Gritó la turba y prosiguió el camino.

XVII

Mi madre entónces con abrazo estrecho
Me atrajo hácia su pecho,
Devorándome á besos trastornada.
Y mi padre decia, ahogado en llanto :
— ¡ Mujer, no es para tanto !
¡ Siempre has de ser así ! Lloras por nada. —

XVIII

Puse fin á la triste despedida,
Monté, tendí la brida,
Y seguí en pos del bullicioso bando.
Aún escuché gritar: — ¡Que escribas, hijo!
La niña nada dijo,
Mas se abrazó á mi madre sollozando.

XIX

¡Fué terrible y patético el momento!
Yo, hasta entónces contento,
Conmovido lloré, perdi la calma.
La ansiada libertad me sonreía;
Pero ¡ay de mí! sentía
Que en aquel pobre hogar dejaba el alma.

XX

Pocos meses despues, de amor henchido,
Tornaba al patrio nido,
Fija en su santa paz mi única idea.
¡Oh ventura! á los últimos reflejos
Del sol, y ya no léjos,
Alcancé á ver la torre de mi aldea.

XXI

Doblaba lentamente la campana;
Ancha faja de grana.
Teñía el cielo de matices rojos;
Sepultábase el sol en el ocaso...
¡Ay! yo detuve el paso,
Y el llanto del placer cegó mis ojos.

XXII

No tardé en reponerme, y ya sereno
Solté á mi potro el freno,
Dejándole correr á su albedrío,
Volaba envuelto en nube polvorosa,
Pero una voz gozosa
Me contuvo diciendo: — « ¡Ay, hijo mio! » —

XXIII

Muy cerca del lugar, junto á la ermita
De la Virgen bendita,
Que sobre loma desigual descuella,
Dándole gracias por mi vuelta al cielo,
Con impaciente anhelo
Me aguardaba mi madre y ¡tambien ella!

XXIV

Quedéme al verla estático y absorto.
Roto habia en tan corto
Plazo el boton de rosa su clausura,
Hiriéndome de pronto como un rayo,
Aquella flor de Mayo
En todo el esplendor de su hermosura.

XXV

Ella estaba encendida, yo confuso.
Por fin mi madre puso
Término á mi ansiedad apasionada :
Observó nuestro tímido embarazo,
Y con amante abrazo
Nos oprimió á los dos enajenada.

XXVI

En la santa explosion de su alegría
Sus besos repartía
Entre nosotros, anhelante y loca.
Y con afan mi corazon sediento
Aspiraba el aliento
De la púdica vírgen en su boca.

XXVII

Mezquino y débil el lenguaje humano
Pretenderia en vano
Pintar nuestra emocion intensa y viva.
No es posible decir lo que sentimos;
Pero al lugar volvimos,
Yo cabizbajo y ella pensativa.

XXVIII

Mas ¡ ay! mi encanto se deshizo en breve.
Duró lo que la nieve
Que no llega á cuajar en la llanura,
¡ Un instante no más! Sólo un instante
Animó su semblante,
Fugitivo destello de ternura.

XXIX

No acertaba á explicarme su mudanza :
La ingénua confianza
De la edad infantil trocó en desvío,
Y los alegres juegos que animaron
Nuestra niñez, pasaron
Como pasan las ondas por un río.

XXX

Apuré la amargura hasta las heces
A veces grave, á veces
Adusta, y pronta siempre en sus enojos,
Me hablaba sin razon con gesto esquivo,
Y sin ningun motivo
Se llenaban de lágrimas sus ojos.

XXXI

Desde el alba hasta el término del día
Ya nadie nos veía
Vagar sin rumbo en fraternal concierto.
Ya no andábamos juntos, ni ya unidos
Buscábamos los nidos,
En los frondosos árboles del huerto.

XXXII

Ya no me acompañaba, y yo, alterado,
Pasaba por su lado,
Tranquilo en la apariencia y satisfecho.
Era oponer la indiferencia al dolo;
Mas al quedarme solo
Se me saltaba el corazón del pecho.

XXXIII

Entonces ¡ay de mí! pensando en ella,
Dirigia mi huella
Hacia las ruinas del feudal castillo,
Que sobre estéril y ondulada mofa
Alza su frente rota
Sin almenas, sin puente ni rastrillo.

XXXIV

Elévase fantástica y disforme
Aquella mole enorme
Que muestra de los siglos el estrago :
Crece en las hendiduras de la piedra
La trepadora hiedra
Y al pié del muro el triste jaramago.

XXXV

Sólo las bulliciosas golondrinas
Turban de aquellas ruinas
La paz solemne con sesgado vuelo,
Y alguna alondra al ascender inquieta,
Símbolo del poeta,
Que cuando canta se remonta al cielo.

XXXVI

En muda calma y soledad medrosa
Parece que reposa
Aquel gigante por la edad rendido.
Hasta un arroyo que á sus plantas corre
Y la vetusta torre
Proyecta en su cristal, pasa sin ruido.

XXXVII

Para vencer mi insoportable tedio,
Y hallar algun remedio
A mis ansias prolijas y secretas,
Con brozo vigoroso y pié seguro
Subia por el muro,
Buscando apoyo en sus profundas grietas.

XXXVIII

Ágil, robusto, dueño de mí mismo,
Al traves del abismo
Alzábame hasta el fin, no sin trabajo,
Para ver en confusa perspectiva
La inmensidad arriba,
Y la tristeza del silencio abajo.

XXXIX

Las aves que en la torre se acogian
Al acercarme huian,
Y solo con mis penas en la altura
De codos en el ancho parapeto,
Miraba con respeto
El cielo azul y la feraz llanura.

XL

¡ Cuántas veces mi espíritu errabundo
Apartado del mundo
En aquel torreón del homenaje,
Con íntima y tenaz melancolia
Se engolfaba y hundía
En la infinita calma del paisaje!

XLI

Ni aislada roca, ni escarpado monte
Del diáfano horizonte
El indeciso término cortaban;
Por todas partes se extendia el llano
Hasta el confin lejano
En que el cielo y la tierra se abrazaban.

XLII

¡Oh tierra en que nací, noble y sencilla,
¡Oh campos de Castilla
Donde corrió mi infancia! ¡Aire sereno!
¡Fecundadora luz! ¡Pobre cultivo!...
¡Con qué placer tan vivo
Se espaciaba mi vista en vuestro seno!

XLIII

Cual dilatado mar, la mies dorada
Á trechos esmaltada
De ya escasas y mustias amapolas,
Cediendo al soplo halagador del viento
Acompasado y lento,
Á los rayos del sol mueve sus olas.

XLIV

Cuadrilla de atezados segadores,
Sufriendo los rigores
Del sol canicular, el trigo abate,
Que cae agavillado en los inciertos
Surcos, como los muertos
En el revuelto campo del combate.

XLV

Corta y cambia de pronto la campiña
Alguna hojosa viña
Que en las umbrías y laderas crece,
Y entre las ondas de la mies madura,
Cual isla de verdura,
Con sus varios matices resplandece.

XLVI

Serpean y se enlazan por los prados,
Barbechos y sembrados,
Los arroyos, las lindes y caminos,
Y donde apenas la mirada alcanza,
Cierran la lontananza
Espesos bosques de perennes pinos.

XLVII

Por angostos atajos y veredas,
Los carros de anchas ruedas
Pesadamente y sin cesar transitan,
Y sentados encima de los haces,
Rapazas y rapaces
Con incansable amor cantan ó gritan.

XLVIII

Lleno de majestad y de reposo
El Duero caudaloso
Al traves de los campos se dilata :
Refleja en su corriente el sol de estío,
Y el sosegado río
Cinta parece de bruñida plata.

XLXI

Ya oculta de improviso una alameda
Su marcha mansa y leda ;
Ya le obstruye la presa de un molino,
Y como potro á quien el freno exalta
Párase, el dique salta
Y sigue apresurado su camino.

L

En la tendidas vegas y en las lomas,
Cual nidos de palomas,
Se agrupan en desórden las aldeas,
Y en la atmósfera azul pura y tranquila,
Ligeramente oscila
El humo de las negras chimeneas.

LI

En las cercanas eras reina el gozo.
Con íntimo alborozo
Contempla el dueño la creciente hacina,
Y miéntras un zagal apura el jarro,
Otro descarga el carro
Que bajo el peso de la mies rechina.

LII

Otro en el trio de aguzadas puntas,
Que poderosas yuntas
Mueven en rueda, con afán trabaja,
Y cual premio debido á su fatiga
Desgránase la espiga
Y salta rota la reseca paja.

LIII

Una pesada tarde en que el bochorno
Como el vapor de un horno
Caldeaba la tierra, embebecido
Y suspenso ante el vasto panorama,
Que al pié se desparrama
De la alta torre, me quedé dormido.

LIV

Ignoro el tiempo que postrado estuve.
Caliginosa nube
Encapotó el espacio, ántes sereno.
Dominábame el sueño blandamente,
Hasta que de repente
Me despertó sobresaltado un trueno.

LV

Era de noche ya. Con hondo espanto
Ví que el lóbrego manto
De las densas tinieblas me envolvía.
Recordé el sitio, calculé la altura,
É insólita pavura
Deshizo, como sombra, mi energía.

LVI

Quise medir la elevacion del muro,
Y se perdió en lo oscuro
Del fondo impenetrable mi mirada.
Grité, volví á gritar : todo fué en vano.
Estaba mudo el llano,
Muda la inmensa bóveda enlutada.

LVII

Mi invisible terror iba en aumento :
Convulso, sin aliento,
La señal de la cruz besé contrito.
En aquella ocasion volvíme loco,
Y empecé poco á poco
Á bajar por la mole de granito.

LVIII

¡ Un siglo para mí fué cada instante !
Bregaba jadeante,
Hincando con furor en la muralla
Manos y piés, tan ciego y trastornado
Como el pobre soldado
Que por primera vez entra en batalla.

LIX

Volaban junto á mí tristes y graves
Las temerosas aves
Que despertaba al descender yo mismo.
¡ Ya escuchaba el murmullo del arroyo !...
Mas ¡ ay ! perdí el apoyo,
Y oscilando quedé sobre el abismo.

LX

Me así al ramaje respirando apénas.
La sangre de mis venas
Corrió con ritmo acelerado y duro.
Desvanecido, horripilado, incierto,
Y de sudor cubierto,
Buscaba en vano con mis piés el muro.

LXI

¡Aún el recuerdo abrumador me arredra!
Crugió la débil hiedra
Entre mi mano trémula y crispada.
Súbitamente atravesé el sombrío
Espacio, sentí frío,
Luégo un dolor agudo, luégo... ¡nada!

LXII

Piadoso el cielo en mi socorro vino.
Recogióme un vecino
Al pié del muro, exánime y maltrecho.
Cuando volví de mi mortal letargo,
Vertían llanto amargo
Las prendas de mi amor, junto á mi lecho.

LXIII

— « ¡Vive! » — mi padre alborozado dijo :
— « ¡Vive! » — con regocijo
Mi madre repitió, mirando al cielo :
Ella en silencio se enjugó los ojos. —
Postráronse de hinojos,
Y la santa oracion levantó el vuelo.

LXIV

Penosa fué mi curacion y lenta.
Tan recia y violenta
Sacudida sufrí, que estuve inerte,
Postrado y sin hablar, noches y dias,
Esperando las frias
Y espantosas caricias de la muerte.

LXV

¡ Cuántas veces en horas de martirio,
Cuando tenaz delirio
Mi razon y mis miembros embargaba,
Cuando la abrasadora calentura
Mi soledad oscura
De visiones terríficas poblaba,

LXVI

Con la sedosa cabellera suelta,
Forma gentil y esbelta
Parecióme entrever en mi extravío,
Que se acercaba pálida, intranquila,
Clavando su pupila
Con honda angustia en el semblante mío.

LXVII

¿Era ficción ó realidad? ¿Quién sabe!
¿Soñaba cuando el suave
Calor sentia de furtivo beso,
Que se posaba en mí como se posa
La leve mariposa,
Sin que la débil flor se doble al peso?

LXVIII

¿Soñaba cuando triste y satisfecha,
En lágrimas deshecha
O risueña y feliz, segun mi estado,
Mirábala sumisa á mis menores
Caprichos y dolores,
Como un ángel de Dios, siempre á mi lado?

LXIX

No sé, ni importa ya; verdad ó sueño,
¿Qué saca el pobre leño,
Despojo inútil de la mar bravia,
Sino hacer más pesadas sus congojas,
Con recordar las hojas
Que le vistieron de verdor un día?

LXX

Al cabo pude abandonar el lecho;
Mas ¡ay! no sin despecho.
Porque á medida que la sangre ardiente
Daba á mis miembros el vigor perdido,
Mi dulce bien querido
Recobraba su aspecto indiferente.

LXXI

Cierto día, en las horas de la siesta,
Cuando la luz molesta,
Y un viento sin rumor todo lo arrasa,
Al pié tendido en la agostada alfombra,
De un árbol cuya sombra
El sol calienta, pero no traspasa.

LXXII

Dejaba en perezoso enervamiento
Vagar mi pensamiento,
Atormentado de traidora duda.
Ella, cerca de mí, dándome enojos,
No apartaba los ojos
Del bastidor, ensimismada y muda.

LXXIII

— ¿Qué causa su cariño me enagena? —
Con indecible pena
Me preguntaba yo. — ¿Por qué me trata
Con tal rigor y tan esquivo ceño? —
De mí no era ya dueño
Y exclamé con pesar:—«¡Ingrata, ingrata!»

LXXIV

Sin duda percibió mi ahogado grito.
Miróme de hito en hito
Breves instantes, levantóse incierta
Cual si hiciese un esfuerzo sobre humano,
Y me tendió su mano,
Que á un tiempo estaba temblorosa y yerta.

LXXV

— ¡Sufres! me dijo con afán. — ¿Qué tienes?
¿Con tan fieros desdenes
Paga tu afecto la mujer que adoras?
Tu incurable aflicción me causa miedo.
¡Ay de mí! que no puedo
Sino llorar contigo cuando lloras. —

LXXVI

Fijéme en ella con sorpresa y pasmo.
¿No era unir el sarcasmo
A la traición? ¿las burlas al desvío?
La indignación profunda que me ahogaba,
Rompió al fin como lava
Que se convierte en inflamado río.

LXXVII

— ¡Goza, gózate! — dije — fementida,
En enconar la herida
Que con tu injusta indiferencia has hecho.
¡Ojalá fuera fácil olvidarte!
Que por dejar de amarte
Me arrancaría el corazón del pecho. —

LXXVIII

Yo la ví entónce fascinada y ciega
Llegar á mí, cual llega
La enamorada tórtola al reclamo.
Era débil su voz como un gemido,
Y deslizó en mi oído :
— « ¿Es cierto? ¡No me engañes, que te amo!

LXXIX

Quebrante la pasión que me sofoca
La cárcel de mi boca.
¡He llorado en silencio tantos días !
¿No me roban tu amor otras mujeres?
¿Es verdad que me quieres?
¡Si me engañáras, Juan, me matarías!

LXXX

No sabes que esta bárbara sospecha,
Como acerada flecha
Me ha traspasado el corazón. ¡Ay! ¡cuánto,
Cuánto he sufrido!... » — Hablábame gozosa,
Y en su mejilla hermosa
La risa se mezclaba con el llanto.

LXXXI

Yo la escuchaba estático... ¡Aún la veo!
¡Aún en el alma creo
Que resuena su voz, su voz brillante
Como el último acorde de una lira!
¡Aún me llama, aún suspira,
Apasionada siempre y siempre amante!

LXXXII

Desbordó mi cariño cual desborda
La mar rugiente y sorda,
Y con febril ardor de que me acuso,
Quise estrecharla entre mis brazos, cuando
De súbito llegando
En silencio mi madre, se interpuso.

LXXXIII

Bajé la frente de vergüenza lleno.
En el materno seno.
Corrió á ocultar su rostro la doncella.
Clavó mi madre en mi sus ojos graves,
Y dijo : — « Cuando acabes,
Si la mereces, Juan, vuelve por ella. » —

LXXXIV

Marché á estudiar con redoblado brío.
Ni el ocio ni el hastío
Mitigaron un punto mi ardimiento.
No tuve un solo instante de desmayo.
¡El rayo, el puro rayo
De su amor me encendía el pensamiento!

LXXXV

¡Terminé al fin!... Mas triste y abatido
Regresé al patrio nido,
Como el que nada busca ni desea.
Á los fugaces últimos reflejos
Del sol, y ya no léjos,
Alcancé á ver la torre de mi aldea.

LXXXVI

Doblaba lentamente la campana.
Ancha franja de grana
Teñía el cielo de matices rojos.
Sepultábase el sol en el ocaso...
¡Ay! yo detuve el paso,
Y el llanto del dolor cegó mis ojos.

LXXXVII

Muy cerca del lugar, junto á la ermita
De la Virgen bendita,
Á cuyos muros me llegué temblando.
Aguardábame sola y enlutada
Mi madre idolatrada,
Que se arrojó en mis brazos sollozando.

LXXXVIII

La estreché desolado y convulsivo.
— ¡Murió! ¿para qué vivo? —
Grité con ansia inacabable y fiera.
Mi madre dijo señalando al cielo :
— Dios calmará tu duelo.
¡Es la vida tan corta! ¡Ora y espera! —